

HCR
056
R454-rc

LA GACETA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

— COSTA RICA —

— AMERICA CENTRAL

Año X — Domingo 18 de Agosto de 1940 — No. 434



Don Guillermo Jiménez Gargollo

cuyo fallecimiento ha sido profundamente sentido por nuestra sociedad, quien se ha unido a su virtuosa madre doña Adela Gargollo Vda. de Jiménez y a su alligida esposa doña Luisita Sáenz de Jiménez e hijos para acompañarlas en su profundo dolor por tan irreparable pérdida.



Censura de Películas

POR EL TRIBUNAL DE CENSURA CINEMATOGRAFICA DE ACCION CATOLICA

Clase A. — 1ª Sección. — BUENAS.

Ana la huerfanita; El bandido negro; El correo del Oeste; Dos fusileros sin balas; Fronteras de sangre; María; Pinocho; El regimiento heroico; El santo y su sombra; Sombras de traición; Vuelo de rescate.

Clase A. — 2ª Sección. — PARA PERSONAS DE CRITERIO BIEN FORMADO.

Adiós, Buenos Aires; A la orden Dr. Cristián; Amor desnudo; Angeles sin alas; La araña negra; Balalaika; Caballero de ultratumba; Casamiento en Buenos Aires; Celos de gloria; Conde Chicago; Conquistadoras de Broadway; La diablesa mexicana; La dicha lejana; Doble crimen en la línea Maginot; Dulce ilusión; Una era bonita; La fuerza bruta; El hijo rebelde; Mademoiselle Meisi; Melodía de Broadway 1940; Ninotchka; Noche de noches; Noches de angustia; El otro soy yo; Padres postizos; Picardías

de marinos; Pórtese bien, señorita; La senda del odio; Suerte en venta; Tambores de guerra; Vigías del mar; Yo lo arreglo todo.

Clase B. — ESCABROSAS.

Café Concordia; Casados pero enamorados; Demasiados maridos; Fra Diavolo; Mater Nostra; Medio millón por una mujer; Sor Angélica.

Clase C. — CONDENADAS.

Infidelidad; La mujer del puerto.

—o—

Protestamos de la mal llamada Censura Oficial, que permite la exhibición para toda clase de personas, de películas corruptoras que destruyen en nuestra juventud el sentido del honor y de la pureza de costumbres.

De Lunes a Viernes, entre 1 y 4 de la tarde, pregunte al teléfono 2353 por la película que deseé que se le atenderá gustosamente.

Observaciones de Mamá Isidora

CUANDO yo era joven ejercía poderosa atracción sobre la mujer el tenorio incurable, que a todas las declaraba una pasión formidable y volcánica.

Los años han pasado y la manera de ver de la mujer ha cambiado también. Ahora, el tenorio es un ente ridículo. Toda mujer con un poco de juicio lo tiene en menos. Esto quiere decir que la mujer de hoy es más inteligente. Significa mucho esto para la felicidad y dignificación de la mujer.

La mujer de hoy comprende, porque sabe ra-

zonar, que ese tipo de hombre no puede ser jamás el amigo ideal, ni el compañero que se busca para el matrimonio; no será tampoco el padre que se desea por los hijos propios; no es, en fin, un verdadero hombre, sino un pobre diablo atraído por todas las mujeres y que no se queda al cabo con ninguna porque carece de claridad interior para discernir sobre su propia dicha; tiene algún vacío en la cabeza y más vacío aún el corazón.

Pasó felizmente el tiempo del tenorio y hoy es el hombre sensato, de criterio, bueno, franco y leal el que cautiva a la mujer y encuentra la compañera digna para formar un hogar.

Betina de Holst Hijos

Acaba de recibir flecos y borlas plateados y dorados, panas para mantos en gran variedad de colores. Brocado para casullas, flores para altares de Iglesia, encajes para albas, galones dorados, plateados y de seda. Encajes de lino, lino para manteles de Iglesia, batista de lino.

ESTA RECIBIENDO NOVEDADES DEL EXTERIOR

DIRECTORA:
SARA CASAL Vda. DE QUIROS
Apartado 1239
Teléfono 3707

OFICINA mi casa de
habitación

BARRIO: La California
Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción mensual

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO X

San José, C. R., 18 de Agosto de 1940

No. 434

El Divorcio, cáncer de la sociedad

Este libro fué escrito en 1932 en Buenos Aires, capital de la República Argentina, cuando se trataba de implantar el divorcio en aquel país. Se han hecho varias ediciones, pues es un libro admirablemente escrito y documentado. La historia del divorcio desde sus comienzos, sus evoluciones y sus consecuencias fatales, sobre todo para los hijos.

Es un libro que debieran poseer todos los diputados, estudiarlo detenidamente, para ver si es posible borrar la maldía ley del Divorcio de nuestra legislación, que causará, con el tiempo, la disolución de la familia y hasta los mismos divorciados de hoy día recibirán sus consecuencias en sus hijos, pues para ellos será terriblemente triste ver a una hija repudiada por el esposo que adora y el que la cambia por una mujer cualquiera.

Este es el prólogo de dicho libro que es la mejor opinión que puedan tener nuestros lectores:

"Acabo de leer en pruebas este libro impresionante: "El Divorcio, Cáncer de la Sociedad", por el doctor Arturo M. Bas. Aparece en el minuto preciso en que la nación argentina llega a una terrible encrucijada y debe elegir entre dos senderos, jugándose la salud de la raza y su propio destino de futura gran nación...

El Doctor Bas, como un cirujano de ojo certero y de pulso firme, ha zajado de un sólo golpe la candente cuestión del divorcio, y nos muestra lo que contiene su entraña palpitante.

¿Cuál es el secreto de la tenacidad infatigable, parecida a una vocación religiosa con que trabajan los apóstoles del divorcio?

¿Proceden por móviles personales? ¿Son acaso, desadaptados del matrimonio, ansiosos de una ley que regularice su situación?

¡No! Habrá algunos francos tiradores que combatan por cuenta propia y desbrocen el camino por donde ha de pasar el hombre que verdadera-

mente ha incubado la idea y se deja ayudar sin entregar su secreto.

Con estilo sobrio de artificios, rápido y filoso como un bisturí, el autor despoja la cuestión del divorcio de esas otras cuestiones, sentimentales o religiosas, que se le injertan para confundir las imaginaciones y reclutar aliados de buena fe entre los que debieran ser sus enemigos.

La dialéctica del doctor Bas, apoyada en cifras y opiniones irrecusables, causa en el lector una impresión profunda.

No puede sorprendernos que así sea. El doctor Bas ha tenido siempre, en el Parlamento, en el Libro, en la Cátedra, ese don de convicción de los que han quemado la vida en el altar de la suprema Verdad.

En la historia del Parlamento argentino, el nombre del doctor Bas ha quedado entre la docena escasa de los grandes constructores de la nación, vinculado a las más adelantadas leyes sociales que nos rigen, como la Jubilación de los Ferroviarios o la Caja del Ahorro Postal, obras exclusivamente suyas.

En aquella época, en que la mayoría, alegre y confiada, acataba y aplaudía los proyectos del entonces minúsculo plantel socialista, el doctor Bas compartió con el doctor Juan F. Cafferata la gloria de ser los vigilantes censores de los diputados de la extrema izquierda, niños mimados de la Cámara.

Casi solos, en el terreno de las leyes sociales, cuya urgencia pocos advertían y no comprendían aún la mayoría, ellos dos defendieron nuestras instituciones, contra el alud demagógico, con el que no faltó quienes transigiesen por indiferencia, por snobismo y también por ignorancia.

La acción de Bas y de Cafferata, infatigable y sin flaquezas, estuvo sin embargo muy lejos de

ser una ciega obstinación opositora a las ideas modernas...

Por el contrario, sus ideas venían de más lejos que las de los socialistas. Arrancaban del Sermón de la Montaña, que había proclamado aquel "Miserere super turbam", que agrietó los cimientos del mundo pagano.

Podían, pues, por convicciones católicas, penetrar más adelante que nadie en la legislación obrera, pretendido huerto cerrado del socialismo, y propiciar las leyes avanzadas, sin violar los principios de justicia.

¡Raro ejemplo de fe, de patriotismo y de carácter! Bas y Cafferata, militando en partidos distintos, de tal modo se levantaron sobre las pequeñas intrigas políticas, para servir a su patria con idéntica abnegación, que hoy sus nombres surgen indisolublemente unidos, como lo estarán cuando se escriba la historia de estas memorables jornadas sociales.

Ahora el uno, desde el alto sitial de la Presidencia de la Cámara de Diputados, dirige los debates con gran prestigio, pero con evidente nostalgia de los tiempos en que era, allí mismo, combatiente raso y no presidente. Pero hay en ese Parlamento que preside Cafferata la banca vacía de Bas. Mientras el juego de la política no lo devuelva al Congreso, habrá siempre la sensación de que alguien falta allí. Y cuando se traten cuestiones sociales, involuntariamente se preguntarán los actores y los espectadores: ¿Qué pensaría Bas? ¿Qué habría dicho Bas?

Como la estela de un gran buque, aunque ya no se le vea, queda su recuerdo. Como la garra del león en la arena mojada, allí quedó marcado su carácter.

Ya que los vaivenes de la democracia lo alejaron de las funciones legislativas, tenía derecho de aceptar el reposo que no buscó, o de entregarse exclusivamente a su profesión. Su nombre era prenda de éxito. Bastábale encerrarse en su bufete de abogado. Pero en los rudos tiempos actuales, cuando se tiene el corazón de Bas, el voluntario alejamiento de los negocios públicos, sabe a desertión en los campos de batalla. He aquí que vuelve al Congreso la resobada cuestión del divorcio, llevada por los socialistas. Y Bas salta a la arena con el arma de que dispone: el libro; este libro, si fuera leído y meditado por los que mañana han de votar, sería concluyente como una demostración algebraica.

¿Qué hay en el fondo de esta cuestión, para que así interese a un partido, que tiene entre sus dogmas el del amor libre?

¿Qué los mueve a esta danza de medio paso? ¿No sería más franco y decisivo coger el toro por las astas y borrar de las leyes el matrimonio, como se ha borrado la vieja distinción de hijos sacriléigos, y mañana se borrará la de legítimos?

En este libro el doctor Bas disipa la cortina de humo y nos descubre la maniobra socialista, que no tiene móviles egoístas, ni motivos sentimentales.

Es un cálculo fría y sagaz. Al desintegrar el matrimonio, mediante el divorcio, quieren desorganizar la familia, para zapar en sus cimientos la propiedad individual.

Naquet, el apóstol del divorcio, que logró su implantación en Francia, lo ha dicho con singular franqueza:

"Con la familia se puede decir que un hombre no muere... Ella es la causa de la mala distribución de las riquezas. Los padres aman a los hijos con quienes pasan la vida, y cuando la muerte llega, les dejan sus bienes.

"Estos condiciones coadyuvarán a destruir el patrimonio... lo que hoy lo hace imposible es el sentimiento familiar."

Naquet se excusa de propiciar el divorcio, él, que es decidido partidario de la unión libre.

"No me he detenido ante esa consideración — dice—. Los esclavos abatidos por la miseria y el vicio no se libentan jamás. ¿El uso de una libertad, prepara una libertad mayor?"

Reproduce y acepta las palabras de un crítico que denuncia su propósito: "Naquet abre la vía al verdadero objeto de su apostolado, la unión libre, volteando las pequeñas barreras que defienden el matrimonio." Y en otro lugar:

"No hay reformas insignificantes... Nuestra sociedad descansa sobre diversos puntales: capitalismo, militarismo, religión, matrimonio legal. Siempre que se hace vacilar uno de ellos, se prepara el alumbramiento glorioso de la humanidad regenerada."

A los obreros les interesa mediocrementemente el asunto del divorcio, podría decirse que es un tema aristocrático. Pero en los programas de los partidos obreristas siempre el divorcio figura en primer término, porque "tiene como finalidad destruir el régimen actual de la sociedad y en primer término la propiedad". (Naquet).

Bas nos señala, pues, el verdadero campo en que se debe librar la batalla contra el divorcio. Nada de argumentos sentimentales, ni menos religiosos, que serían contraproducentes, pues no falta quien crea que un liberal siempre debe ser divorcista. Error profundo. En todo este libro, de un autor católico de la envergadura de Bas, el nombre de Jesús apenas figura dos veces. Porque el divorcio, del cual se ha querido hacer una cuestión de dogma, cuando no un novelón romántico, es fundamentalmente un problema biológico y económico.

Que es económico, lo hemos visto en las palabras de Naquet: por el camino del divorcio busca la destrucción de la familia, sin lo cual no se logrará nunca la abolición de la propiedad privada.

Alguien podría objetar: —Acepto que para destruir la propiedad privada sea indispensable disgregar antes la familia. Pero, ¿de dónde sacáis que el divorcio sea fatalmente un destructor de la familia?

De la vida real. De la estadística de todos los pueblos donde se ha implantado el divorcio.

Bas cita a Compté, el irrecusable filósofo positivista: "El uso del divorcio no puede constituir sino un primer paso hacia la entera abolición del matrimonio." Abolido el matrimonio, ¿qué queda para la propagación de la especie? El matrimonio bolchevique, que es todavía menos que el concubinato criollo, porque según las cónicas palabras de la exposición de motivos que figura al comienzo del Código Bolchevique del Masa tenga hijos sin el concurso del marido." ¿Puede alguien, con buen sentido y buena fe, sostener que en un régimen de sonrisas bolcheviques pueda subsistir la familia, tal como nosotros la conocemos, tal como nosotros la queremos?

Puede ser que en Rusia un paisano bolchevique tolere que su esposa prescindiera de él con tanta frescura, mas pareceme que aquí las gentes están hechas de otro barro.

Cuando se discutió el divorcio en Francia, llegó a aducirse como argumento en su favor que el número de los divorcios, pasado el primer momento en que se liquidarían CUENTAS ATRASADAS, no aumentaría, tendería más bien a disminuir, por consiguiente consolidaría la familia, en lo que tiene de interesante para la estadística, la familia indispensable célula social.

Cuarenta años de estadística han destruido el argumento.

"Con la progresión espantosa del número de divorcios —dice el eminente civilista Planiol— se impone un nuevo examen del problema... Ya no se discute sobre un terreno puramente ideológico. Es necesario darse cuenta del gran peligro que amenaza a la familia francesa. Las ventajas del matrimonio sobre la unión libre se fundan en la estabilidad del vínculo, pero si el matrimonio no es más que una unión temporal, que puede disolverse a voluntad, la diferencia que lo separa de la unión libre, no será sino cuestión de palabras."

El divorcio a más de ser una cuestión económica, es un problema biológico: es decir, está en relación íntima con la propagación de la especie humana. El divorcio hierde directamente el fin primordial del matrimonio, que es la procreación.

Sin el matrimonio indisoluble la natalidad decrece. Las uniones pasajeras tienden necesariamente a ser estériles. Una mujer que puede ser abandonada, no querrá, por instinto de conservación, cargarse de hijos.

No se necesita mucho ingenio para comprender el cálculo simple de una mujer, que hoy perte-

nece a un hombre, pero mañana puede necesitar buscarse otro.

Un hombre se libra de sus hijos más fácilmente que una mujer. Por de pronto ¿quién le probará que son suyos?

El divorcio al introducir la inestabilidad en el matrimonio, introduce fatalmente una antipatía instintiva hacia los hijos que no han nacido, y que constituirán si nacieran un grillete al pie de la madre.

¡Admiremos a las madres que se atreven a ser divorcistas! O mejor a la inversa: admiremos a la mujer divorcista que se atreve a ser madre.

¡Con qué elocuencia expresa Bas este pensamiento!

"Si la cifra de la natalidad baja, allí donde crece considerablemente el divorcio ¿no es claro que una de las causas al menos, ha de ser esta falta en la madre de esa fe ciega y constante en la seguridad irreductible de su estado?"

"¿No es un hecho conocido, en los ambientes civilizados, que las uniones que no se ligán por el matrimonio son estériles o casi estériles?"

Estas son fantasías. La estadística es una implacable demoledora de leyes divorcistas. Algunas páginas de este libro son difíciles de leer. Guardémonos de saltarlas. Son precisamente las páginas erizadas de cifras, que dan frío al corazón y obligan a reflexionar.

Si yo tuviera la responsabilidad de un voto en la Cámara, y fuese divorcista, me parece que me daría trabajo acallar la muda persecución de estas cifras que se pegan en la memoria, y que autorizan a decir con el autor de la obra: "El divorcio es el mayor enemigo para el aumento vegetativo de la población de las naciones." Una vez implantado el divorcio, nada puede atajar las consecuencias. La ley, con enmiendas sucesivas día a día, facilita las separaciones, y si no es la ley, es la jurisprudencia la que va ensanchando la grieta.

La conciencia pública se transforma. Los matrimonios se celebran con miras al divorcio, y acaban por ser, según frase de Roux, "una especie de unión libre amparada por la ley, lo cual las hace estériles."

"El divorcio, previsto, dice el mismo autor, tiene una acción nefasta sobre la natalidad. A partir del momento en que el divorcio figura en el cálculo del porvenir de los esposos, esteriliza las uniones."

¡Qué lejos estamos de toda mística! Esto es biología pura.

Hay más aún. No todas las uniones son infelices. ¿A dónde van los hijos de los divorciados? En Rusia ya lo sabemos: Los niños no pertenecen a los padres; pertenecen al Estado, que tiene la obligación de alimentarlos y tiene el derecho de corromperlos. Pero en Francia, en Alema-

nia, en Estados Unidos, ¿a dónde van estos huérfanos, cuyos padres viven?

Una encuesta del "New York Tribune" nos dice que en 20 años, el divorcio dejó sin padres en los Estados Unidos a un millón y medio de niños.

La misma encuesta declara: el 80 por ciento de los pequeños delincuentes son hijos de divorciados.

La ley del divorcio es una ley de excepción para resolver casos particulares de algunas personas, generalmente de las clases aristocráticas de la sociedad, que no han encontrado en un primer matrimonio la felicidad que buscaban.

La ley quiere a toda costa facilitarles un segundo y un tercer matrimonio, para que sigan buscando la felicidad.

La ley crea así un privilegio para los inadaptables del matrimonio, sin preocuparse de si esta inadaptación es fruto de la inmoralidad, de un capricho, o de la degeneración.

No le preocupa tampoco la suerte de los hijos a quienes se condena a la orfandad y a vivir como intrusos en su propio hogar, donde muchas veces tendrían que salir en defensa de una madre o de un padre, acusados por el que ahora ocupa su lugar.

Y le preocupa menos aún y hasta parece entrar en los cálculos del legislador, que esos matrimonios sean voluntariamente estériles. Y por ende no le importa que disminuya el crecimiento vegetativo de la población, inmenso peligro para un pueblo como el nuestro que tan despreocupadamente recibe a toda suerte de inmigrantes. Un día u otro el criollo, el nativo, se encontrará también él, que es intruso en su propia casa.

Dos incomprensibles contradicciones:

Hacer del niño un culto, que entenece hasta a los filósofos célibes; pero condenarlo a no nacer, y sacrificarlo, si nace, en aras del egoísmo paterno, que quiere seguir persiguiendo la felicidad en otras uniones.

Dictar leyes que atraigan al inmigrante para poblar el inmenso territorio; y a la vez dictar otras leyes, como la del divorcio, que está probado restringe la natalidad.

Ni vale decir que el divorcio es una franquicia para los que quieren usar de ella, y que a ningún anti-divorcista se le obligará a renegar de sus ideas y a divorciarse.

Esto no es un argumento, es un sarcasmo. Envuelve una confesión. "Estamos de acuerdo, por el ejemplo de otros países, que el divorcio es funesto: esteriliza las fuentes de la vida y desarrolla la inmoralidad, los suicidios y la criminalidad infantil en las proporciones pavorosas que denuncia este libro. Pero..."

¿Pero qué?

La respuesta se nos da con una sonrisa elegante y... si no es cínica: Esperamos que la abnegación de los que no se divorcian compensará todas esas ruinas. En el fondo, este es el pensamiento de muchos.

Conciéntese en inocular un virus de degeneración de el organismo social con la secreta esperanza de que las fuerzas vitales sanas han de eliminarlo, o por lo menos circunscribirlo.

¡Ingenua ilusión, más que cálculo hipócrita!

El ejemplo de las naciones divorcistas, la pulveriza brutalmente. En 1887 hubo en Francia 3.660 divorcios; en 1921, se contaron 32.550.

¡Y sus paladines anunciaban que una vez liquidadas las CUENTAS PENDIENTES, los casos disminuirían!

"La sola idea de que es posible cambiar (se entiende de mujer o de marido) observa Compté, provoca el cambio".

Y Glasson agrega: "El divorcio engendra el divorcio."

La estadística muestra que el virus cunde y a la vuelta de algunos años se convierte en mortal epidemia, que contamina las ideas y los corazones.

El divorcio es una institución individualista, en el sentido estrecho de la palabra: una ley egoísta y aristocrática, y en la mayoría de los casos para HOMBRE SOLOS, porque la mujer y los niños serán fatalmente sus víctimas.

Que una ley así, individualista y aristocrática, sea propiciada por el socialismo, nos parecería una contradicción si este libro no nos diera la clave con las citas de Naquet: para destruir la familia, que es el cimiento de la propiedad privada.

Debemos agradecer al viejo apóstol del divorcio su ruda franqueza.

Entre tanto, yo me imagino que una ley que afecta intereses fundamentales de las mujeres y de los niños no puede votarse a espaldas de ellos. También ellas tienen una opinión digna de considerarse. En nombre de los niños, deben hablar las madres. En nombre de todas las mujeres deben hablar ellas mismas. Y puesto que se les han reconocido los mismos derechos civiles de los hombres, y estamos en vísperas de que se les acuerden sus derechos y ocupar bancas en el Parlamento, es de estricta justicia escucharlas.

La ley del divorcio no debe tratarse antes de que la mujer argentina esté en condiciones de discutirla desde las bancas del Congreso y defender con su voz y su voto sus propios intereses y los de los niños que ellas conocen mejor que los hombres, así sean los más legítimos productos de nuestros comités."

PAZ! PAZ!

Carta de Su Santidad Pío XII al Cardenal

Maglione, Secretario de Estado

La acción del Pontificado ha sido en todos los tiempos de la historia la de la paz. Durante la gran guerra el Pontífice Benedicto XV predicó la paz, por ser ella acto de caridad, obra de justicia y ser la paz la seguridad en el orden. Bien conocidos son los actos realizados por este gran Pontífice en aquellos amargos días porque atravesó Europa, y sus esfuerzos y gestiones consiguieron no pocos bienes en favor de las naciones beligerantes. A la muerte de este ilustre Pontífice es el Cardenal Ratti, Pío XI, el encargado de gobernar la Iglesia, en cuanto se sienta en el trono de Pedro, continúa la magna empresa pacificadora, y anuncia al mundo que venía a predicar la *paz de Cristo* y lanza su primera Carta-Encíclica *Ubi arcano Dei*, y en ella presenta los males que afligen a la humanidad, pone ante la vista de los hombres las causas de estos males, para terminar su Carta, da remedios, remedios enérgicos, porque el mal era grande y la llaga profunda y la gangrena pronta a apoderarse del corazón de la humanidad, y propone el retorno a Cristo, garantía de derecho y de autoridad.

En los años de su Pontificado, sólo tiene un deseo, uno solo, el de formar un solo rebaño y un solo pastor, que venga el reino de Cristo, el reinado de Cristo, por la paz de Cristo. Su sucesor y discípulo, Pío XII, actual Virrey de Dios, formado según el corazón de su maestro, "está luchando por los derechos y libertades del mundo entero" y apenas un año de pontificado y su voz se ha dejado oír por el mundo entero predicando la paz, y a Príncipes y Trabajadores como a sencillas religiosas aconsejando, mandando rogar a Dios, sobre todo desde el principio de esta guerra tan terrible, para que por medio de nuestras plegarias "no cesen de acelerar el cumplimiento de las aspiraciones de todos". Una prueba y en confirmación de la acción del Pontificado es la Carta del Santo Padre a su Secretario de Estado Cardenal Maglione; carta de gran actualidad y por lo mismo debe ser conocida de todos, máxime de los católicos, y con este fin la publicamos, a la vez que sirva para dar cumplimiento

a lo que en ella se nos manda, como hijos obedientes a la voz del Padre que no busca ni quiere sino nuestra felicidad por medio de la paz. Escribe nuestro Santísimo Padre Pío XII:

*A Nuestro Amado Hijo Cardenal Luis Maglione,
Nuestro Secretario de Estado*

PIO PP. XII

*Amado Hijo Nuestro, Salud y Bendición
Apostólica.*

El año pasado, cuando densas nubes ofuscaban el horizonte y el estrépito de armas, presagio de guerra, tenía a todos temblorosos, Nos, con ánimo paterno compartimos los dolores y las angustias de los hijos, te dirigimos una carta, (1) en que por tu medio, exhortábamos a todo el pueblo cristiano a elevar durante el mes de Mayo, que estaba cercano, oraciones y fervientes votos a la excelsa Madre de Dios, para que Ella benigne nos hiciera propicio a nosotros míseros, su Hijo ofendido por tantos intereses en litigio y aplacados los ánimos, se restableciese la paz entre los pueblos. Ahora, habiéndose empeorado la situación y habiendo estallado terrible guerra que ha causado ya innumerables daños y dolores, no podemos menos de rogar encarecidamente de nuevo a nuestros hijos, esparcidos por todo el mundo que quieran reunirse en apretado haz junto al altar de la Virgen Madre de Dios todos los días del próximo mes a Ella consagrado, para elevar suplicantes plegarias.

Todos saben muy bien que Nos, desde el principio de la guerra nada hemos dejado de hacer de cuanto podíamos, sino que por todos los medios a nuestro alcance —documentos públicos, discursos, coloquios y negociaciones— hemos exhortado al restablecimiento de aquella paz y de aquella concordia que debe estar fundada en la justicia y perfeccionada por mutua caridad fraterna. Tú, Amado Hijo Nuestro, que tan cerca Nos asiste en el gobierno de la Iglesia Universal y tiene con Nuestra Persona relaciones tan estrechas, sabes bien que Nuestra aflicción por los sufrimientos y angustias de los pueblos en guerra,

(1) Carta "Quandoquidem" de abril 1939.

es tan profunda que podemos repetir y aplicarnos a Nosotros mismos, a este propósito, las palabras del Apóstol S. Pablo: "¿Quién enferma, que enferme yo con él" (2). Por otra parte Nuestro ánimo rebosa de profunda tristeza, no sólo por las espantosas desgracias que espantan a los pueblos beligerantes, sino también por los peligros que cada vez más inminentes amenazan a las demás naciones. Pero si bien es verdad, como hemos dicho, que nada hemos descuidado de cuanto Nos sugería el humano poder y consejo para abuyentar este cúmulo de males que con toda Nuestra esperanza estriba principalmente en Aquél que Sólo lo puede todo, que sostiene el mundo en la palma de su mano, que dirige los destinos de los pueblos, los sentimientos y los pensamientos de los que gobiernan las naciones. Por tanto es Nuestro deseo que todos unan sus plegarias a las Nuestras para que Dios misericordioso con su potente mano ponga pronto fin a esta calamitosa tempestad.

Y puesto que, como afirma San Bernardo "es voluntad de Dios que obtengamos todo por medio de María, (3) recurran todos a María, depositen ante su altar sus plegarias, sus lágrimas, sus angustias, y pídanle alivio y consuelo. La que para nuestros padres, como lo atestigua la historia, fué en momentos críticos y difíciles práctica constante y provechosa, sea para nosotros que confiados seguimos sus pisadas, ejercicio perseverante en la dura prueba que nos aflige. De hecho es la Bienaventurada Virgen tan poderosa delante de Dios y de su Unigénito Hijo, que como canta Dante Alighiere, a quien deseando la gracia no recurre a Ella, pretende volar sin alas (4). En verdad es Ella poderosísima Madre de Dios y al mismo tiempo, amantísima Madre nuestra; séanos por tanto agradable ponernos bajo su protección y ayuda y entregarnos completamente a su maternal bondad.

Sin embargo deseamos de modo particular, amado Hijo Nuestro, que el próximo mes de Mayo, cándidos escuadrones de niños llenen de nuevo los templos sagrados de la Virgen y, por medio de su intercesión y mediación de paz, se esfuercen por obtener de Dios a los pueblos y a

todas las gentes la suspirada tranquilidad. Reúnanse todos los días ante el altar de la Madre celeste y, dobladas las rodillas y levantadas las manos, ofrezcan juntamente con sus plegarias, sus flores, ellos que son flores del místico jardín de la Iglesia. Es grande Nuestra confianza en las súplicas de aquellos cuyos "ángeles... están siempre viendo la cara de Dios", (5) cuya faz exhala inocencia y cuyas pupilas semejan reflejar el esplendor de los cielos. Sabemos que el Divino Redentor los ama con particular afecto y que Su Santísima Madre tiene para ellos singular ternura; sabemos que las plegarias de los inocentes penetran los cielos, desarman la divina justicia y alcanzan para sí y para los otros favores celestiales. Unidos, pues, en una santa emulación de plegarias, no cesen de acelerar el cumplimiento de las aspiraciones de todos, acordándose de la promesa de Nuestro Señor: "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y os abrirán" (6).

Haga Dios benignísimo, movido a misericordia por las voces suplicantes de tantos, y principalmente por las de los niños que, —de nuevo pacificados y unidos en estrecho amor fraternal los ánimos, y restablecido el orden de la tranquilidad y de la justicia— resplandezca cuanto antes el iris de la paz y llegue una era más feliz para la sociedad humana.

Así, pues, Tú, amado Hijo Nuestro, del modo más oportuno que juzgares, harás conocer estos Nuestros deseos y esta Nuestra exhortación a todos, y particularmente a los sagrados Pastores de las Diócesis de todo el orbe católico, de quienes siempre hemos experimentado ser tan condescendientes con Nuestra voluntad y de cuyo celo hemos tenido tantas pruebas.

Mientras tanto, como auspicio de celestes favores y como testimonio de Nuestra paternal benevolencia, de todo corazón te damos a Ti, amado Hijo Nuestro, a todos los que de buen grado respondan a Nuestro llamamiento, y particularmente a las muchedumbres de los queridísimos niños, la Bendición Apostólica.

Dada en Roma, junto a S. Pedro, el 15 de Abril de 1940, segundo de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XII.

(2) II Cor., XI, 29.

(3) "Sermón de la Natividad de la V. V. M."

(4) Cfr. "Divina Com.", Par XXXIII, 13-15.

(5) S. Mateo, XVIII, 10.

(6) S. Mateo, VII, 7; S. Lucas, XI, 9.

Corazones enemigos

golpes ligeros sobre un pequeño volumen que estaba en la mesa. No miraba más a su mujer, no veía más que su tembloroso rostro un poco contraído por el sufrimiento, sus labios que temblaban ligeramente, sus ojos de un azul profundo tan hermoso bajo su mirada febril.

—Yo no vine por eso solamente, Walter. El padre Maxwell, a quien yo he pedido el consejo, me dijo que nosotros no podemos quedar en esta situación. Me demostró que yo soy culpable ante usted y que yo debería repararlo.

Su voz baja y oprimida se entrecortó a estas últimas palabras.

—Sí, yo lo entiendo bien. ¿Usted ha venido hacia mí por el deber únicamente? ¿Usted conserva sin duda algunas preveniciones, algunos rencores?

—Yo vengo por el deber... — dijo ella débilmente.

—Usted no responde a mi segunda pregunta.

—¡Yo responderé si usted lo quiere...! ¡Pero usted haría mejor en no insistir en ello!

—¿Por qué, pues?

Esta vez sus ojos se encontraron. Orietta creyó leer en la brillante mirada de Walter un orgullo triunfante, un desafío. Con impetuoso movimiento, de soberbia deshecha, ella se levantó temblando, los ojos centelleantes.

—¡Por qué! Usted debe saberlo. Usted que con tanta crueldad persigue su desquite, usted que me ha humillado tanto. Por lo menos, conténgase hoy al verme vencida por el deber y no me pregunte otra cosa.

En el umbral de una puerta abierta sobre el parterre, en ese mismo instante, surgió una silueta de hombre. Orietta vió un brazo que se tendía, un brillo de acero. De un solo impulso se abalanzó sobre Walter, cubriéndolo, los brazos extendidos. Una de-

tonación sonó. Casi en el mismo momento, un cuerpo ágil se arrojó sobre el agresor en cuya espalda vió clavarse un puñal. Se oyó un sordo ruido, el cuerpo del hombre osciló y luego se tumbó de bruces, en el mismo umbral del salón.

Walter de pie sostenía entre sus brazos a Orietta.

—¿La hirió? Mi Orietta, mi amor; ¿se siente herida?

—Yo... yo no creo — murmuró ella, dejándose desfallecer entre los brazos que la sostenían.

—¡Ram-Sal, saque este cuerpo! ¡Que lady Shesbury no lo vea cuando vuelva en sí! — gritó Walter al hindú.

Luego se sentó siempre con el cuerpo desmayado de su mujer entre sus brazos besando sus párpados cerrados, que sintió temblar bajo sus labios.

—¡Mi bien amada.. míremel Yo soy el que siempre la ha querido. El que la hizo sufrir. Al que por venganza usted quiso salvar a costa de su vida...

Orietta abrió los ojos. Vió inclinada hacia ella una cara ardiente con la mirada amplia de amor. Y pronunció estas palabras temblando de pasión:

—¡Ah! Si ese hombre le hubiera dado muerte...!

—¿Usted me quiere, pues?

—Yo no debería... yo no debería...

En seguida volvió a cerrar los ojos. Un temblor pasó por su cuerpo, y murmuró:

—...¡El hombre!... Ese hombre... ¿ahora no hay de qué temer?

—¡No, mi querida, no!... ¡Ram-Sal! — gritó.

El hindú, cuya silueta se vió de lejos, apareció en el umbral de la puerta.

—¿El está muerto?

—Sí, milord.

—¿Quién es él?

—Mr. Barford, milord.

—¡El, él... él!

Orietta se movió con un gesto de espanto. Los brazos que la sostenían se cerraban de nuevo, mientras que Walter decía:

—¡Tranquilícese usted, mi Orietta! ¡Tranquilícese usted, mi Orietta! Ahora él no podrá hacer mal a nadie. Ram-Sal, cierre esa puerta y vaya a buscar a alguien para llevar el cuerpo que es necesario dejar en uno de los pabellones. Después irás a decir a Mr. Nortley que me espere en la biblioteca... ¿Orietta, está usted segura de no estar herida? ¿Usted no siente nada?

—Nada, nada...

—Felizmente, entonces, no hubo más que una conmoción producida por el incidente. Veremos un poco más tarde si el médico es necesario. Pero yo tengo al pretensión de ser más hábil que él en este caso. Y al decir esto, Walter sonrió mirándola amorosamente y continuó:

—¿No le es suficiente sentirse amada, amada exclusivamente, amada ardientemente?

—¿Absolutamente? — preguntó ella. Y sus labios temblaban de emoción, mientras su mirada reflejaba angustia e incredulidad.

—Absolutamente... sin reservas, Orietta. Yo se lo demostraré, pues ahora usted tenía derecho a dudar de mí.

—Yo tengo miedo — dijo ella.

—¿Tú tienes miedo? ¿De qué? ¿De fantasmas?...

El hablaba en italiano ahora, sin duda para dar más dulzura a su voz ardiente.

—¡De fantasmas, de los fantasmas que fueron tan poca cosa para mí!

—De todo aquello no queda más que un poco de remordimiento... a veces, pues dos mujeres murieron por haberme amado demasiado.

Walter apoyó su cara en la cabellera de Orietta cuyo cuerpo sintió temblar.

—Más vale que yo te hable, pues el miserable Barford dejó en ti el veneno de la duda. La hindú Parvati, para verme con más frecuencia, cometió imprudencias y en mi egoísmo de hombre tuve la culpa de no preocuparme de esto. Así, fué ella víctima

del fanatismo de su tribu. En cuanto a la otra... Apsara, era una alma violenta, apasionada, que tenía para conmigo servicios de una esclava, pero en la que yo intuía a una bestia lista a desencadenarse. Además, ella tenía un espíritu fino y clarividente, que le permitía adivinar que el amor había surgido en mi vida. Ella te vió el día cuando el accidente de Rosa y debió sin duda notar, desde entonces, que tú ocupabas mi corazón. Sin embargo, nada en ella me pudo hacer suponer hasta aquel día en que observé sus miradas dirigidas hacia tí, mientras bailaba. Miradas de odio y de amenaza. Temí por tí y ordené a Ram-Sal no perderte de vista, lo que hizo con toda facilidad. Después de la agresión, Apsara entró en el pabellón y, segura de mi cólera, desesperada, se atravesó el corazón con un puñal. Yo la encontré muerta cuando llegué dispuesto a expulsarla. Esta es toda la verdad sobre los dos episodios tristes de mi vida, Orietta. ¿Me crees tú?

—¡Sí... sí!...

Ella levantó sobre él los ojos alumbrados por una ardiente confianza, y prosiguió:

—Me arrepiento de haber dudado, de haber escuchado... ¡Oh, Walter, le pido humildemente perdón!

El final de la palabra fué interrumpido por un beso.

—¡No hablemos de esto, mi bien amada! ¡Nosotros fuimos culpables los dos; pero si alguien debe pedir perdón, ese soy yo! ¡Mi orgullo me ha exigido imperiosamente el desquite, y por eso he pisoteado tu corazón... y también el mío!... ¡Ah, si tú hubieras querido, cuando por dos veces el amor predominó en mí sobre todo y yo estaba dispuesto a abrirte mis brazos! ¡Si tú lo hubieras querido, Orietta, en lugar de rechazarme, de dejarte llevar por el rencor!

—¡Sí, yo he sido loca! ¡Loca! — dijo ella escondiendo su rostro contra el hombro de Walter. — ¡Pero lo he pagado bien caro!

¡Cuántos sufrimientos nos hubiéramos e-

vitado, mi pobre querida! ¡Ah! Estos últimos días sobre todo, cuando tú me veías tan frío contigo y yo fingía una alegría tan ajena en mí entonces. ¡Qué esfuerzo para mantener esta actitud cuando todo mi ser te llamaba a gritos hacia mí! Pero esto ya se acabó ahora; no hay más orgullo entre nosotros. Explicaciones leales si sobreviene algo en nuestro amor. ¡Y después, siempre, siempre, nuestro cariño! ¿Lo quieres tú?

—¡Sí, yo quiero!

Espontáneamente ella rodeó con sus brazos el cuello de Walter y prosiguió hablando:

—Mi corazón te pertenece. Ya te dije un día cómo es de exigente mi corazón...

—Y que es necesario que yo te quiera como tu perro "Nino"...

El sonrió cubriéndola con una mirada llena de ardiente caricia, para continuar hablando:

—¿Te parece extraño que muestre los dientes, que yo muerda cruelmente a aquellos que tratan de hacerte mal y que yo te prometa quererte exclusiva, celosamente, hasta mi último día? ¡Es mucho pedir a un corazón humano, Orietta, y sin embargo yo siento que puedo prometértelo... y a cumplir mi promesa!

Walter acercó a sus labios el rostro de la joven y agregó a media voz:

—Nadie me conoce bien. Se me cree un orgulloso, un escéptico, incapaz de un apego fuerte. Sí, por una arte yo lo era. Pero yo sé ser otra cosa; tú puedes hacer de mí otra cosa, Orietta. ¡Sí, tú me quieres como yo lo deseo, como nadie antes de ti supo amarme!

LIII

Los huéspedes de Falsdone-Hall supieron al otro día con asombro, por boca de Herbert Nortley, la tentativa de Barford de asesinar a lord Shesbury y el arranque valeroso de Orietta que se echó rápidamente sobre el cuerpo de su marido para protegerlo. Ella se había salvado por milagro, pues se encontró el rastro de una bala en el pliegue de su vestido. La justicia, preven-

nida, hizo el proceso necesario, después del cual el cuerpo del miserable sería transportado a Rockden-Manor y enterrado en el cementerio del pueblo, pues lord Shesbury no ha querido que el de Falsdone-Hall fuera manchado por esos despojos.

Nortley agregó que la joven lady Shesbury, muy impresionada por lo sucedido, no saldrá de su departamento durante varios días y que lord Shesbury se excusaba ante sus huéspedes, pues él haría compañía a su mujer durante estos días.

Todos comprendieron entonces que el malentendido se había aclarado entre los esposos. Sin embargo, no faltó quien hizo insinuar que en este incidente había algo más que se procuraba ocultar. Lord Shesbury tenía desde la adolescencia la reputación de ser muy violento. ¿No sería, pues, él quien en un ataque de celos había matado a Barford y herido a lady Orietta? Pero estas suposiciones quedaron en nada cuando alguien vió a lord Shesbury paseándose en un coche con su mujer, por los senderos del bosque. Orietta recibió a Rosa y a Faustina. Después a las señoritas Sanzoff, que la encontraron muy bien y de aspecto muy radiante. Esta era la opinión de los huéspedes cuando ella apareció entre ellos. Walter se había jactado de ser el médico más hábil. El mismo parecía particularmente alegre y de una amabilidad encantadora. En vano lady Grassy trataba de coquetear con él provocativamente. Desde el primer momento él supo mostrar a todos, de un modo discreto y decisivo, que sólo su mujer ocupaba sus miradas.

—Así que el miserable de Barford, sin quererlo, les ha hecho el servicio de unirlos — dijo el conde de Sanzoff a Nortley.

—¡Sí! ¡Gracias al cielo! — dijo el joven con emoción.

Pero alguien en Falsdone-Hall estaba ocupado con proyectos horribles. Lady Pamela se creía a salvo de la justicia de su hijastro, porque estaba en la suposición de que éste ignoraba su actuación entre quienes

(Continuará)

NUEVA NOVELA

Recordé los días tristes que siguieron a la muerte del Conde, siempre rodeadas de visitas mi tía y yo y sin que ni una sola vez tratase ella de confundir su pena con la mía; cuando me acercaba a abrazarla recibíame fría, como negándose a unirse a mí en el dolor. Y sin embargo sufría; lo demostraban sus ojos enrojecidos y sus manos crispadas. Había adorado a su hermano, por lo que su pérdida causó verdadero y profundo pesar.

Ni ella ni yo nos ocupamos de intereses. Mi padre no había hecho testamento... Siempre fué descuidado en esas cosas, según nos decía su íntimo amigo el barón de Graviros. Yo era por lo tanto su única heredera.

Nunca olvidaré la tarde en que conocí la horrible verdad de mi existencia. Estábamos solos en un amplio salón la tía Blanca, más menuda que nunca en su traje de luto, el barón de Graviros, Pablo y yo. Mi tía contemplaba con fijeza el retorcerse de unos leños en la chimenea con aquellos sus ojuelos diminutos y fríos... Yo permanecía también silenciosa y Pablo me imitaba, mientras el Barón, hombre simpático, de unos cincuenta años, bastante calavera, pero de buenísimo corazón, llevaba todo el peso de la charla...

—¡Cuánto quería mi pobre amigo a la bella Condesa! — exclamaba. — Más que cariño, podríamos llamarlo idolatría! Ella era una criatura dulce y angelical a la que nunca negó su marido ningún capricho... Bien es verdad que tenía muy pocos...

Mi tía murmuró fríamente, clavando su mirada en el Barón:

—Bastaba con que tuviese dos o tres de la índole de...

Tosió el Barón y guardó ella silencio.

—¿Qué van ustedes a hacer, mis buenas amigas? — inquirió Graviros, con toda su buenísima fé, sin sospechar lo que se avecinaba en respuesta a sus palabras. —¿Vivirán aquí? ¿Viajarán? A Marión le

toca decir... Ahora es ella la señora condesa de Santurce...

Una exclamación ahogada, hízome levantar los ojos hacia mi tía, que habíase puesto de pie, tan tiesa que su menuda figura parecía más alta que de costumbre. Brillaba tal ira en su mirada que el Barón se asustó, en tanto que Pablo la contemplaba atónito.

—Eso quiere decir, Barón que yo no soy nadie... que fuí una necia... y que todos creen que lo seré siempre... Desde niña he vivido supeditada a esta muchacha vana, egoísta y caprichosa y pretenden ustedes que en adelante continúe lo mismo... ¡Pues no y mil veces no!

—Tía... ¿Qué te pasa? ¿Acaso no quieres que vivamos juntas?... Ya hablaremos de eso... Tranquilízate...

—¡Vivir juntas! Ja, ja, ja... ¡Tú y yo! ¡Para seguir haciendo el contraste del hada y la bruja!... ¡Tú y yo!... ¡Si comprendieses cuánto te odio!

Hasta aquel momento no lo había comprendido bien, pero ya era inútil que me lo explicase. Me lo decían sus ojos, sus manos, su voz...

—¿Y quién eres tú? ¿Quién te crees que eres, ilusa criatura? ... ¡La condesa de Santurce!... ¡Tiene gracia!...

—La ruego, Blanca que trate de calmarse — intervino el Barón.

—¿Pero usted cree, señor mío, que voy a permitir que esta muchacha me pisotee?

—Su hermano...

—A mi hermano le daba lo mismo... Callaba porque deseaba respetar la voluntad de su esposa... Pero ésta no era nadie para mí. Nunca la quise... me rodeaba el cariño de Fernando...

Volvióse hacia mí furibunda. Sus ojos lanzaban chispas y su boca llenábase de saliva que tragaba a cada momento, interrumpiendo sus locuras...

—Has de saber que tú no eres nadie... menos que nadie... un átomo que alguien

echó al mundo arrepintiéndose inmediatamente de haberlo hecho... No eres hija de los condes de Santurce... ¡Tanto orgullo!... Siempre me hiciste gracia con tus movimientos de reina...

Yo había llevado mis manos al corazón instintivamente y no despegaba los labios, contemplando estupefacta a aquella mujer joven aún, que si bien nunca había sido hermosa, en aquel momento, desfigurada por la ira, parecía horrible.

Levantándose también el Barón, tratando de calmarla, mientras mi novio haciendo ademán de marcharse, murmuraba:

—Debo dejaros solas... Tu tía está muy nerviosa y no quisiera ser indiscreto... Vendré más tarde...

Yo tenía en él completa confianza... Iba a ser mi esposo y me amaba. Por lo tanto deseé que escuchase a mi tía. Si lo que ésta comenzaba a revelarme fuese demasiado horrible, la protección del muchacho me daría valor.

—No... haz el favor... quédate, Pablo — dijo en voz baja y ahogada.

Me obedeció, permaneciendo de pie a mi lado.

—Me parece, tía — murmuré enrojeciendo — que no he comprendido bien lo que acabas de contar... Sin duda, ni tú misma te das cuenta de lo extraño de tus palabras...

—¿Quieres decirme que estoy loca, jovecita insoportable? Miradla: toda enlutada, muy blanca, muy seriecita, pretendiendo hacernos creer que sufre horribilmente...

Se sentó en un diván dando con el pie a dos o tres cojines desparramados por el suelo.

—Me pareció siempre una necedad, una filantrópica locura, el hacer creer a esta muchacha una mentira... Bueno que la prohibasen, aunque ya esto me resultaba mal...

Habíase vuelto hacia el Barón, que con cara de tristeza movía la cabeza de un lado a otro.

—...pero reconocerla como hija legítima

— continuó — lo juzgué sencillamente odioso...

La escuché horrorizada. Tenía las manos heladas y busqué instintivamente a Pablo, pero éste se había apartado unos pasos y permanecí de pie, junto a la armadura de hierro de uno de mis antepasados, la cual seguramente no tendría la inmovilidad de mi novio.

Muy despacio me acerqué a Blanca. Mi rostro debía estar lívido, porque el Barón hizo un ademán de cogerme de un brazo.

—¿Y si te llevara a dar un paseíto, Marición? — dijo cariñosamente. — Tengo el coche a la puerta... no hay que olvidar que has sufrido mucho, y los nervios...

—Concluya usted, Barón — murmuró mi tía con irónica sonrisa. — Los nervios me hacen desviar, ¿no es eso?

—La ruego, Blanca...

—Yo creo, querido Barón — intervine sentándome en el diván, pues las piernas se negaban a sostenerme — que es preferible que mi tía me explique...

Me volví hacia ella y la miré fijamente, con tan profundo desaliento que otra persona que no tuviese el corazón tan helado como ella en aquellos momentos, se hubiese compadecido.

—Hace un instante me has dicho que yo no soy hija de los condes de Santurce... ¿Es cierto?

Hubo un silencio. Sin duda titubeaba un poco. Mordióse los labios y dijo despacio:

—Será mejor que lo sepas... Este fué mi deseo desde que tuviste uso de razón, pero mi hermano se negó siempre.

—Su hermano — intervino Gravios, — cumplía su deber. Nadie tiene derecho a dar la felicidad a una criatura inocente, si algún día piensa arrebatársela de este modo.

Estaba indignado y sus ojuelos siempre saltarines tenían en aquel momento una fijezza desacostumbrada.

—Quiero saberlo todo — argüí — tengo derecho... Te ruego tía Blanca, que me expliques tus palabras... **Continuará**

Concepción Cabrera de Armida

APUNTES BIOGRAFICOS

No faltarán plumas expertas y espíritus elevados que se ocupen en narrar la historia de la cual estas líneas son únicamente unas cuantas pinceladas de admiración profunda y de altísima veneración.

Por consiguiente, más que historia, este pequeño trabajo será como un esbozo del alma a quien tuvimos la dicha de tratar íntimamente.

El mundo la conoció con el distinguido nombre de la Sra. Concepción Cabrera de Armida; sus más íntimos la llamaban "Conce", Concha o Conchita; pero cualquiera de estos nombres que se pronunciara en el círculo que la conoció, inspiraba interés secreto, veneración profunda y deseo íntimo de recibir de ella siquiera una palabra, una mirada, una bendición.

De sus primeros años sólo referiremos lo que de sus labios pudimos escuchar. Nació en la ciudad de San Luis Potosí, el año de 1862, en la fiesta de la Inmaculada Concepción; y no se sabría decir si por el beso de la Inmaculada fué la pureza, la esencia y el carácter de su vida, o si Dios, que la destinaba a derramar sobre la tierra una nueva lluvia de pureza redentora, escogió para su nacimiento la fiesta de la pureza por excelencia.

Su espíritu se desarrolló en el ambiente de sencillez, rectitud y piedad profundamente cristiana que se respiraba en su hogar.

Fué sencilla, alegre e ingenua, como todos los niños; entusiasta, graciosa y atractiva en su juventud, como todas las jóvenes de fina educación y sólida piedad; fué tierna y amorosa madre, amante y fidelísima esposa, amiga sincera, bienhechora compasiva que llevaba su caridad hasta la abnegación. Pero todo esto no era sino el velo que ocultaba la acción divina que desde los primeros años empezó en esa alma escogida una obra maestra de santidad. De ella podría decirse lo que de otros santos escribe Ernesto Hello: "Entre los santos hay algunos cuya vida interior constituye un drama tan sublime que, comparada con él, su vida exterior es solamente un detalle de su biografía, detalle quizá muy importante pero que al lector le es permitido olvidar en ciertos momentos."

Tenía especial atractivo por la penitencia, y no se conformaba con practicarla ella sola, sino también invitaba a otra persona de su familia, y en una ocasión ambas se sangraron por caminar de rodillas sobre un patio empedrado. En otra ocasión se consiguió con una sirvienta un cilicio de cintura que usaba siempre, sin que esto le impidiera jugar como todos sus hermanos.

El trato íntimo y confiado con Dios le parecía la cosa más natural, pues en ella era habitual y constante desde muy niña, y pensaba que lo mismo le ocurría a todos los demás.

Su asombrosa sencillez hizo, como antes se refiere, que su vida siguiera el curso natural de toda vida recta y piadosa, y por su distinguida posición social tuvo ocasión de conocer todas las fiestas y diversiones lícitas del mundo; pero en el teatro y hasta en el baile no interrumpía su trato íntimo con Dios y aun en estos lugares profanos recibía gracias divinas muy especiales.

Tan intensa era su vida interior, que a los 27 ó 28 años había alcanzado un grado nada común, por lo que un sacerdote que sólo en confesión la conocía, le preguntó si no le atraía la vida religiosa, a lo que ella, con la gracia que la caracterizaba, respondió que ya tenía años de casada y varios hijos.

La gracia continuaba su curso libre en esa alma excepcionalmente dócil, sencilla y pura, y hacia los 30 años de su sed de perfección y santidad, su celo por la gloria de Dios, constituían para ella un verdadero mantirio y pedía a Dios con instancia le mostrara un camino de vida perfecta.



A los 32 años, el 14 de enero de 1894, movida a lo que parece por inspiración del Espíritu Santo, lanzó aquel grito de celo por la gloria de Dios, de amor a Jesús y a las almas, que es ahora la petición constante de las obras de la Cruz: "¡Jesús, Salvador de los hombres, sálvalos, sálvalos, sálvalos!" Fué entonces cuando se grabó en el pecho, a hierro y fuego, el monograma de Jesús.

(Continuará).

Doña María Zumbado Vda. de Murillo

En San Antonio de Belén, dejó de existir la virtuosa señora doña María Zumbado Vda. de Murillo, persona muy querida por lo bondadosa y caritativa.

Enviamos nuestro más sentido pésame a toda

la apreciable familia y muy especialmente a la señorita Socorro Torres.

Rogad a Dios por el eterno descanso del alma de doña María.

Doña Elena Romero de Casafont

Muy sentida ha sido por sus numerosas amistades la muerte de la virtuosa señora doña Elena Romero de Casafont. Fué doña Elena un modelo de esposa, madre cariñosa y excelente amiga, lo que la hizo acreedora al cariño de cuantas tuvieron la dicha de ser sus amigas.

Para su afligido esposo don Pablo Casafont, e

hijos y muy especialmente para don Alvin Fernández y señora, y para los demás miembros de la apreciable familia doliente enviamos nuestro más sentido pésame por tan irreparable pérdida.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de doña Elena.

El Bebé, la Madre y su Médico

(Concluye)

que tiene, pero nada se ha demostrado y, es el caso que observa con mucha frecuencia en los niños, que están contentos, gordos y saludables y no hay, por consiguiente, que preocuparse de él cuando se presentase.

Los gases se observan con frecuencia y son normales.

La regurgitación, que las madres injustamente a veces le llaman vómitos, es debida a que el niño toma grandes cantidades

de leche en cada toma, y momentos después que concluye su tarea de alimentarse, sea que esté quieto o sea que haga o se le haga hacer algún movimiento brusco, devuelve un poco de leche sin que el alimento haya sufrido modificación alguna y sin el menor esfuerzo. En estas circunstancias, la regurgitación es más bien un fenómeno útil, y se realiza con facilidad extrema por las condiciones en que está el estómago en la tierna edad, que es muy pequeño, su

SOLO

Jabón SAN LUIS

con su espuma menuda y PERSISTENTE, le dará a Ud.

BUEN RENDIMIENTO

EN EL LAVADO
DE SU ROPA

INDUSTRIAL SOAP Co.

Agustín Castro & Cía.

posición casi vertical y que su abertura está casi en el eje del mismo. A cualquier movimiento, pues, y aun sin esto, cuando el alimento es en cantidad exagerada, la leche vuelve a salir sin haber tiempo de empezar a digerirse. Es por tanto muy conveniente dejar al niño quieto y acostado después de ingerir sus alimentos, y no tenerlo "para aquí y para allá", como se hace tan frecuentemente para diversión de los padres.

De todas maneras la regurgitación habitual que se produce todas las veces que el bebé ingiere alimentos es señal de que se le está dando una cantidad exagerada de alimentos. Esa ración alimenticia hay que modificarla disminuyendo lo más pronto posible su cantidad, porque de lo contrario sería exponer a la criatura a verdaderos vómitos de leche ya coagulada, que se producen largo tiempo después de haber sido ingerida, o a diarreas pertinaces que puedan traer fatales consecuencias.

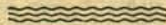
Las deposiciones normales de un bebé de menos de seis meses son de dos a cuatro en las veinticuatro horas: pistosas, amarillas, que parecen una mantequilla espesa en cuanto a consistencia y muy homogéneas. Existen casos en que los niños corrigen cinco y hasta seis veces en las veinticuatro horas, pero como el aspecto de la deposición es normal no hay por qué ocuparse ni creer que es demasiado.

En ciertas ocasiones, las materias fecales en vez de ser amarillas son amarillo-

verdosas y tienen gruesos o grandes gránulos blancos, generalmente formados por jabones grasos de leche mal digerida. Estas deposiciones son anormales y pueden indicar o que la digestión no es perfecta, o que hay alguna perturbación constitucional en el niño, pero todo esto no tiene mayor importancia generalmente y el buen desarrollo y crecimiento continúa. Esto ocurre, sobre todo, en lactantes diatésicos.

Algunas madres, en presencia de estas deposiciones anormales, se alocan y sin más consulta ni más nada dicen fríamente: "Es mi leche", y detrás de eso ya sabemos lo que viene: supresión absoluta del pecho y la indicación del purgante, sugerida por la abuela o la tía, está sobre el niño como la espada de Damocles. Gravísimo error. Estoy cansado de ver crecer niños rubustos y vigorosos y que aumentan de peso envi diablenamente a pesar de tener por larga temporada deyecciones verdosas y aún enteramente verdes, con o sin grumos.

Así pues, señoras madres, cuando esas deposiciones anormales no pasen de cuatro o cinco; mientras no se acompañan de vómitos, de malestar, de llanto continuo o fiebre, etc., etc., no se alarmen en extremo y "hagan la vista gorda", pues vuestro hijito seguirá creciendo normalmente y no deben de tener el más ligero temor siempre y cuando todo se efectúe en las condiciones anotadas.



Sociedad del Tabernáculo, en el Hospicio de Huérfanos

Posiblemente el público no ignore los muchos y valiosos servicios que esta Sociedad presta, no sólo a las iglesias pobres del país, sino a todas en general.

Manos cuidadosas y celosas por la gloria de Dios, confeccionan las prendas que han de servir para la celebración de la Santa Misa, y de esa manera contribuyen a la propagación de la fe

católica. Otras ayudan con su dinero si no con su trabajo personal.

Pero lo triste es que dicha Sociedad está decayendo por falta de medios y de trabajadoras del Tabernáculo. Hace falta, pues, personas de buena voluntad que cooperen en tan benéfica obra que Dios ha de bendecir, así como a sus trabajadores.

Si usted quiere ser socia, llame al teléfono 3707 y le daremos informes.

Reflexiones cristianas

La felicidad de un hombre rico no consiste en sus tesoros, sino en sus virtudes.

No obstante esto, los más poderosos, los que viven con mayores conveniencias en el mundo, no suelen ser los mejores cristianos. La opulencia los pone a cubierto contra miserias de la vida; pero ¿los exime a caso de las máximas del Evangelio? Porque tengan más bienes que los otros ¿adquieren derecho para tener menos piedad y menos religión?

Una desordenada licencia de costumbres, una disolución desenfadada de corazón y de espíritu, y una conducta, no sólo poco cristiana, sino punto menos que impía, como la que se observa en muchos de los que se llaman dichosos en el mundo; ¿no da bastante derecho para preguntar que la gente de distinción, si los hombres ricos gozan

de algún privilegio que los dispense en la severidad de la ley evangélica; o si la diversidad de condiciones supone alguna diferencia de mandamientos en la ley santa de Dios, respecto de aquellos que profesan una misma religión?

No hay más que un Evangelio; luego, no puede haber más que una doctrina: y ciertamente si esta doctrina admitiera algún lenitivo, alguna dispensación, parece no debiera ser en favor de los ricos.

Son las riquezas, según la expresión del Salvador, unas espinas que no sólo punzan, sino que hieren y taladran. Con todo eso, hay que reconocer que no son las riquezas en sí mismas, sino el abuso de ellas el que las hace servir de estorbo a la salvación.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

No olvide conseguirnos suscritores para "Revista Costarricense"

Quién es un caballero?

A esta pregunta dió la siguiente contestación una señora americana: "Un caballero es el hombre que sabe hablar con una mujer sin hacer pesar constantemente sobre ella la idea de que para él es ante todo y sobre todo el otro sexo".

La mayor parte de los hombres no sospecha siquiera la imperiosa necesidad que sienten las señoras de sentimientos delicados de hallar en su camino a verdaderos caballeros, es decir, a hombres cuya educación les obligue a tratar con ellas y considerarlas como seres humanos, y no a través de su feminidad y bajo el influjo de los estímulos sensuales. Hasta las mujeres de "naturaleza mixta", que no se han despojado todavía del todo del prurito de despertar admiración y deseos con sus encantos y coqueterías, no podrán menos que sentirse llenas de reconocimiento hacia los

hombres de carácter y verdadera hidalguía, que infunden la seriedad y dignidad en las mujeres, porque con dignidad y seriedad las tratan. Este elevado sentir no se consigue, sin embargo, sino en virtud de una seria y enérgica auto-educación. La mejor recompensa a que pueda aspirar un joven, que durante muchos años ha entrenado su voluntad e inteligencia con una rigurosa disciplina es, sin disputa, la de poder gozar de aquella libertad interior con la cual el hombre domina y se sobrepone al macho. La relajación, por el contrario, tiene el triste privilegio de ahetrojar al hombre en la miserable esclavitud sensual, que le impide ganar fama de "perfecto caballero" entre las señoras de nobles y elevados sentimientos.

F. W. Foster

RECETAS DE COCINA

TALLARINES CON POLLO. — Se pone a cocinar en agua con sal hirviendo media libra de tallarines cortados en pedacitos, cuando están suaves se retira la cacerola del fuego; se unta de mantequilla un molde que tenga tubo en el centro, y se espolvorea con polvo de pan rallado, se baten cuatro huevos con dos tazas y media de leche fría, se escurren bien los tallarines y se mezclan con la leche, se echa una capa de tallarines y se espolvorea con queso rallado y así se continúa hasta llenar el molde y por último se espolvorea con queso rallado; se pone en bañomaría y en el horno hasta que se vea que está bien asado, se retira del horno y se vuelcan sobre un platón para sacarlos del molde; en el centro, en el hueco se rellena con pollo sudado y picado finamente y mezclado con un poquito de perejil; si se quiere se puede servir con salsa de tomate o salsa blanco y también se puede rellenar con pescado.

FLAN DE ESPARRAGOS. — Se derriten 4 cucharadas de mantequilla, se retira del fuego, y se le agregan 8 cucharadas de harina, media cucharadita de sal, la punta de un cuchillo de pimienta, dos tazas de leche tibia, el agua de una lata de puntas de espárragos, se mezcla bien y

se pone al fuego meneándola constantemente hasta que hierva bien, se retira del fuego y se le agregan poco a poco tres yemas de huevo bien batidas y meneando constantemente hasta que se vea que la yema está bien cocinada, se retira del fuego y se le agrega media taza de espárragos bien majados con un tenedor, se deja enfriar y se le agrega a esta salsa las tres claras bien batidas a punto de nieve y un poquito de sal, se mezcla muy despacio y se pone en un pirex untado de mantequilla y se mete al horno caliente hasta que esté dorado, por encima se adorna con puntas de espárragos y se sirve bien caliente.

TORTA DE YUCA. — Se cocina una y media yuca en agua con sal, luego se pasa por la máquina de moler carne, con un cuarto de libra de queso, azúcar al gusto, una cucharada de mantequilla derretida y fría, y una taza de leche, se mezcla todo muy bien; se baten dos claras de huevo a punto de nieve y luego se le agregan las yemas y se bate muy bien y estos huevos se mezclan con la yuca despacio; esta preparación se pone en un pirex untado de manteca y se mete al horno caliente hasta que esté dorado por encima.

AHORRAR

es condición *sine qua non*
de una vida disciplinada.

DISCIPLINA

es la base más firme del buen éxito.

LA SECCION DE AHORROS DEL Banco Anglo Costarricense

(el más antiguo del país)

está a la orden para cooperar
con usted en la realización de
ese sano propósito,

AHORRAR

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODOS
PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

TIENDA DE

CHEPE ESQUIVEL

Avenida Central. Esquina opuesta de
Mercado

Prepárese para el frío del verano

en esta tienda encontrará usted las
mejores y más baratas

Cobijas de Lana

Consíganos

nuevos Suscritores

para

REVISTA COSTARRICENSE

(LA REVISTA DEL HOGAR)

CLINICA DENTAL

DOCTOR PERCY FISCHER
Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos
en sus servicios profesionales

Rayos X

TELEFONO 3105

50 varas al Oeste de la Iglesia del
Carmen

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

GMO. NIEHAUS & C^o

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda "VICTORIA"

" de Santa Ana, Hacienda "LINDORA"

" de Santa Ana, Hacienda "ARAGON"

ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.

ALMIDON, marca "Rosales", Hacienda "PORO"

Calidades insuperables

Precios sin competencia

AL POR MAYOR - AL POR MENOR

Apartado 493 — Teléfono 2131

La gota y el limón

El limón, el tan conocido y tan calumniado limón, ha sido incorporado definitivamente a la terapéutica moderna, gracias a las vitaminas que contiene y a sus excelentes propiedades antisépticas. Bien es cierto que muchas mujeres usan y abusan del limón, transformándolo, de agente curativo tónico, en un verdadero enemigo de salud. Me refiero a las que lo utilizan para regímenes de adelgazamiento, tomándolo en dosis desmesuradas.

La ciencia moderna ha reconocido al limón virtudes curativas específicas para la gota, especialmente la que padecen esas personas sumamente ocupadas, que trabajan activamente, conceden al ejercicio físico solo fugaces momentos de ocio y comen en abundancia carne y verduras y beben vino en cantidad.

El tratamiento habitual de esta dolencia consiste en reemplazar la botella de vino por el agua mineral y suprimir la carne del menú. El alivio es casi inmediato, el dolor se calma, las remisiones son más o menos largas, pero de pronto, un acceso inesperado y agudo en los dedos de los pies recuerda la existencia de la enfermedad.

Hace unos veinte años estuvo de gran moda la cura por limón. No se concebía ningún régimen curativo sin el agregado del jugo de esa fruta. La moda se debió a las afirmaciones hechas por un famoso profesor alemán, en una documentada memoria, en la que afirmaba haber obtenido curaciones totales de enfermos de gota, haciéndoles ingerir muchas cucharadas de jugo de limón. Poco después, dos médicos ingleses afirmaban haberlo experimentado también en casos de escorbuto y raquitismo infantil, con indiscutible éxito. Y a continuación, un famoso médico francés afirmó haber curado por el mismo medio terapéutico varios casos de reumatismo articular, rebeldes al tratamiento salicílico.

No fué necesario más para que el limón se pusiera de gran moda, y comenzara la

gente a consumirlo a trochemoche. Reemplazó el vinagre en la preparación de ensaladas y luego fué poco a poco invadiendo la cocina hasta el punto de ser condimento obligado en gran cantidad de salsas.

El resultado fué el que fatalmente debía ser: numerosos fracasos, multitud de trastornos digestivos debidos a la absorción de dosis excesivas o tomadas intempestivamente, apagaron bien pronto el entusiasmo de los enfermos. Los médicos comenzaron a prescribir el nuevo remedio pero con cierta cautela.

En realidad, el jugo de limones frescos es un antiséptico interno de primer orden. Modera las fermentaciones intestinales y neutraliza las intoxicaciones que procedan del mismo origen. Evita los vómitos de los dispépticos y cura la jaqueca crónica, siempre que el enfermo se someta a un tratamiento muy prolongado y prudentemente seguido. También la hipertensión arterial puede ser curada, si ese medio se combina con un tratamiento adecuado. También la constipación es corregida, mediante la ingestión del jugo y la pulpa de limones frescos. Por otra parte, no se conoce ningún jugo vegetal que sea más diurético y al mismo tiempo tónico para el corazón.

Veamos ahora cómo debe hacerse la cura por el limón.

En primer término, es preciso evitar las dosis inmoderadas.

Cuatro porciones de limón por día, alejadas de las comidas, bastarán. Se deberá tomar cada vez medio limón, masticando cuidadosamente el jugo y la pulpa: vale decir, que se tomará diariamente dos limones. Tomado con agua azucarada, en el té, como refresco o de otras maneras usuales, es mucho menos activo. Para los artríticos es un remedio excelente. Y para las mujeres en general, un mejorador del cutis, pues destruye los gérmenes intestinales causantes de las afecciones de la piel.